

Alexandre Dumas

# Los tres mosqueteros

Traducción y notas  
de Mauro Armiño

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Les Trois Mousquetaires*

Primera edición: 1979

Sexta edición: 2022

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / [www.elsuarez.com](http://www.elsuarez.com)  
Imagen de cubierta: J. Llaneces: Retrato de mosquetero. Colección particular, en depósito en el Museo de Segovia.

© The Picture Art collection / Alamy Stock Photo / Cordon press

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción y las notas: Mauro Armiño, 1979

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1979, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1362-672-7

Depósito legal: M. 231-2022

Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

## Prefacio

En el que se hace constar que, pese a sus nombres  
en «os» y en «is» los héroes de la historia  
que vamos a tener el honor de contar  
a nuestros lectores no tienen nada de mitológico

Hace aproximadamente un año, cuando hacía investigaciones en la Biblioteca real para mi historia de Luis XIV<sup>1</sup>, di por casualidad con las *Memorias del señor d'Artagnan*, impresas –como la mayoría de las obras de esa época, en que los autores pretendían decir la verdad sin ir a darse una vuelta más o menos larga por la Bastilla– en Amsterdam, en el editor Pierre Rouge<sup>2</sup>. El título me sedujo: las llevé a mi casa, con el permiso del señor bibliotecario, por supuesto, y las devoré.

No es mi intención hacer aquí un análisis de esa curiosa obra, y me contentaré con remitir a ella a aquellos lectores míos que aprecien los cuadros de época. Encontrarán ahí retratos esbozados de mano maestra; y aunque esos bocetos estén, la mayoría de las veces, trazados sobre puertas de cuartel y sobre paredes de taberna, no dejarán de reconocer, con tanto parecido como en la historia del señor Anquetil<sup>3</sup>, las imágenes de Luis XIII, de Ana de

---

1. *Louis XIV et son siècle*, editada por Dumas en dos gruesos volúmenes ilustrados en 1844-1845.

2. *Mémoires de M. d'Artagnan*, obra apócrifa aparecida treinta años después del supuesto autor, en 1700. Su autor fue Gatién de Courtilz.

3. Louis Pierre Anquetil, autor de una *Histoire de France depuis les Gaulois jusqu'à la fin de la monarchie* (1805).

Austria, de Richelieu, de Mazarino y de la mayoría de los cortesanos de la época.

Mas, como se sabe, lo que sorprende el espíritu caprichoso del poeta no siempre es lo que impresiona a la masa de lectores. Ahora bien, al admirar como los demás admirarán sin duda los detalles que hemos señalado, lo que más nos preocupó fue una cosa a la que, por supuesto, nadie antes que nosotros había prestado la menor atención.

D'Artagnan cuenta que, en su primera visita al señor de Tréville<sup>4</sup>, capitán de los mosqueteros del rey, encontró en su antecámara a tres jóvenes que servían en el ilustre cuerpo en que él solicitaba el honor de ser recibido, y que tenían por nombre los de Athos, Porthos y Aramis.

Lo confesamos, estos tres nombres extranjeros nos sorprendieron, y al punto vino a nuestro espíritu que no eran más que seudónimos con ayuda de los cuales d'Artagnan había disimulado nombres tal vez ilustres, si es que los portadores de esos nombres prestados no los habían escogido ellos mismos el día en que, por capricho, por descontento o por falta de fortuna, se habían endosado la simple casaca de mosquetero.

Desde ese momento no tuvimos reposo hasta encontrar, en las obras coetáneas, una huella cualquiera de

---

4. Éste es el primero de los anacronismos de la novela; la fecha de presentación de d'Artagnan a Tréville es, novelescamente, la de 1625 como se leerá en la primera línea del capítulo primero de la novela. Sin embargo, Arnauld-Jean du Peyrer, primer conde de Tréville, fue nombrado capitán de los mosqueteros del rey en 1643. Luis XIII fue el creador de este cuerpo especial de mosqueteros en 1622, fecha en que hizo adoptar a la compañía que lo custodiaba el mosquete en vez de la carabina que hasta entonces llevaban sus escoltas. La componían cien mosqueteros, un corneta, un sargento («marechal de logis»), un teniente y un capitán.

esos nombres extraordinarios que tan vivamente habían despertado nuestra curiosidad.

Sólo el catálogo de los libros que leímos para llegar a esa meta llenaría un folletón entero<sup>5</sup>, cosa que quizá fuera muy instructiva, pero a todas luces poco divertida para nuestros lectores. Nos contentaremos, pues, con decirles que en el momento en que, desalentados de tantas investigaciones infructuosas, íbamos a abandonar nuestra búsqueda, encontramos por fin, guiados por los consejos de nuestro ilustre y sabio amigo Paulin Paris<sup>6</sup>, un manuscrito in-folio, con la signatura núm. 4772 o 4773, no lo recordamos exactamente, así titulado: *Memorias del señor conde de La Fère*<sup>7</sup>, *concerniendo a algunos de los sucesos que pasaron en Francia hacia finales del reinado del rey Luis XIII y el comienzo del reinado del rey Luis XIV.*

Adivínese si fue grande nuestra alegría cuando, al hojear ese manuscrito, última esperanza nuestra, encontramos en la vigésima página el nombre de Athos, en la vigesimoséptima el nombre de Porthos y en la trigésimo primera el nombre de Aramis.

---

5. Al editar en volumen la novela, Dumas pasó por alto esta referencia al folletón, modalidad primera en que apareció *Los tres mosqueteros*.

6. Erudito francés (1800-1881) que trabajó por esas fechas en el departamento de manuscritos de la Bibliothèque Royale. Padre de Gaston Paris –miembro de la Academia francesa–, fue autor de libros eruditos como *Les manuscrits français de la Bibliothèque du roi* (en siete volúmenes, 1836-1848), además de traducir la obra completa de Lord Byron, en 1824. Había publicado un ensayo clave en el surgimiento del romanticismo y las polémicas que jalonaron su aparición: *Apologie de l'école romantique*.

7. Tanto ese apellido como las memorias citadas son ficticias. En el siglo xvii, La Fère era el término francés con que se designaba a los nobles castellanos apellidados Fera. En las *Cartas* de Richelieu aparecen citados varios castellanos de ese apellido, entre ellos el duque de Fera coetáneo.

El descubrimiento de un manuscrito completamente desconocido, en una época en que la ciencia histórica es impulsada a tan alto grado, nos pareció casi milagroso. Por eso nos apresuramos a solicitar permiso para hacerlo imprimir con objeto de presentarnos un día con el bagaje de otros a la Academia de inscripciones y bellas letras, si es que no conseguimos, cosa muy probable, entrar en la Academia francesa con nuestro propio bagaje<sup>8</sup>. Debemos decir que ese permiso nos fue graciosamente otorgado; lo que consignamos aquí para desmentir públicamente a los malévolos que pretenden que vivimos bajo un gobierno más bien poco dispuesto con los literatos<sup>9</sup>.

Ahora bien, lo que hoy ofrecemos a nuestros lectores es la primera parte de ese precioso manuscrito, restituyéndole el título que le conviene, comprometiéndonos a publicar inmediatamente la segunda si, como estamos seguros, esta primera parte obtiene el éxito que merece.

Mientras tanto, como el padrino es un segundo padre, invitamos al lector a echar la culpa de su placer o de su aburrimiento a nosotros y no al conde de La Fère.

Sentado esto, pasemos a nuestra historia.

---

8. Leve alusión a las pretensiones académicas de Dumas, nunca tomadas en serio por esa institución.

9. En 1830 se había fundado la primera Société de gens de lettres francesa por iniciativa de Louis Desnoyers para la defensa de la propiedad literaria. Entre los primeros miembros de los comités de organización se hallaron Dumas, Victor Hugo, Lamennais, etc.

## Los tres presentes del señor d'Artagnan padre

El primer lunes del mes de abril de 1625<sup>1</sup> el burgo de Meung<sup>2</sup>, donde nació el autor del *Roman de la Rose*, parecía estar en una revolución tan completa como si los hugonotes hubieran venido a hacer de ella una segunda Rochelle. Muchos burgueses, al ver huir a las mujeres por la calle Mayor, al oír gritar a los niños en el umbral de las puertas, se apresuraban a endosarse la coraza y, respaldando su aplomo algo incierto con un mosquete o una partesana, se dirigían hacia la hostería del Franc Meunier, ante la cual bullía, creciendo de minuto en minuto, un grupo compacto, ruidoso y lleno de curiosidad.

En ese tiempo los pánicos eran frecuentes, y pocos días pasaban sin que una aldea u otra registrara en sus archivos algún acontecimiento de ese género. Estaban los señores que guerreaban entre sí; estaba el rey que hacía la guerra al cardenal<sup>3</sup>; estaba el Español que hacía

---

1. La acción de la novela transcurre entre 1625 y 1628, aunque los anacronismos son frecuentes y muchos de los hechos históricos sobre los que está montada la ficción distan de ésta en ocasiones (que citaremos en nota) varios decenios más tarde.

2. Meung-sur-Loire, en el cantón de Loiret, a 18 kilómetros de Orléans, sobre la ruta que lleva de esa ciudad a Tours. En ella nació (± 1277) Jean de Meung, continuador de la obra de Guillaume de Lorris (± 1230) *Roman de la Rose*.

3. El cardenal Richelieu, primer ministro desde 1624.

la guerra al rey<sup>4</sup>. Luego, además de estas guerras sordas o públicas, secretas o patentes, estaban los ladrones, los mendigos, los hugonotes, los lobos y los lacayos que hacían la guerra a todo el mundo. Los burgueses se armaban siempre contra los ladrones, contra los lobos, contra los lacayos, con frecuencia contra los señores y los hugonotes, algunas veces contra el rey, pero nunca contra el cardenal ni contra el Español. De este hábito adquirido resulta, pues, que ese susodicho primer lunes del mes de abril de 1625, los burgueses, al oír el barullo y no ver ni el banderín amarillo y rojo<sup>5</sup> ni la librea del duque de Richelieu, se precipitaron hacia el hotel del Franc Meunier.

Llegados allí, todos pudieron ver y reconocer la causa de aquel jaleo.

Un joven... pero hagamos su retrato de un solo trazo: figuraos a don Quijote a los dieciocho años, un don Quijote descortezado, sin cota ni quijotes, un don Quijote revestido de un jubón de lana cuyo color azul se había transformado en un matiz impreciso de heces y de azul celeste. Cara larga y atezada; el pómulo de las mejillas saliente, signo de astucia; los músculos maxilares enormemente desarrollados, índice infalible por el que se reconocía al gascón, incluso sin boina, y nuestro joven llevaba una boina adornada con una especie de pluma; los ojos abiertos e inteligentes; la nariz ganchuda, pero finamente diseñada; demasiado grande para ser un adolescente, demasiado pequeña para ser un hombre hecho, un ojo poco acostumbrado le habría tomado por un hijo de aparcerero de viaje, de no ser por su larga espada que, prendida de un tahalí de piel, golpeaba

---

4. Anacronismo; fue diez años más tarde cuando Francia y España entraron en guerra.

5. El pabellón español.



las pantorrillas de su propietario cuando estaba de pie, y el pelo erizado de su montura cuando estaba a caballo.

Porque nuestro joven tenía montura, y esa montura era tan notable que fue notada: era una jaca del Béarn, de doce o catorce años, de pelaje amarillo, sin crines en la cola, mas no sin gabarros en las patas, y que, caminando con la cabeza más abajo de las rodillas, lo cual volvía inútil la aplicación de la martingala, hacía pese a todo sus ocho leguas diarias. Por desgracia, las cualidades de este caballo estaban tan bien ocultas bajo su pelaje extraño y su porte incongruente que, en una época en que todo el mundo entendía de caballos, la aparición de la susodicha jaca en Meung, donde había entrado hacía un cuarto de hora más o menos por la puerta de Beau-gency, produjo una sensación cuyo disfavor repercutió sobre su caballero.

Y esa sensación había sido tanto más penosa para el joven d'Artagnan (así se llamaba el don Quijote de este nuevo Rocinante) cuanto que no se le ocultaba el lado ridículo que le prestaba, por buen caballero que fuese, semejante montura; también él había lanzado un fuerte suspiro al aceptar el regalo que le había hecho el señor d'Artagnan padre. No ignoraba que una bestia semejante valía por lo menos veinte libras; cierto que las palabras con que el presente vino acompañado no tenían precio.

—Hijo mío —había dicho el gentilhomme gascón en ese puro *patois* de Béarn del que jamás había podido desembarazarse Enrique IV—, hijo mío, este caballo ha nacido en la casa de vuestro padre, tendrá pronto trece años, y ha permanecido aquí todo ese tiempo, lo que debe llevaros a amarlo. No lo vendáis jamás, dejadle morir tranquila y honorablemente de viejo; y si hacéis campaña con él, cuidadlo como cuidaríais a un viejo servidor. En

la corte, continuó el señor d'Artagnan padre, si es que tenéis el honor de ir a ella, honor al que por lo demás os da derecho vuestra antigua nobleza, mantened dignamente vuestro nombre de gentilhomme, que ha sido dignamente llevado por vuestros antepasados desde hace más de quinientos años<sup>6</sup>. Por vos y por los vuestros –por los vuestros entiendo vuestros parientes y amigos– no soportéis nunca nada salvo del señor cardenal y del rey. Por el valor, entendedlo bien, sólo por el valor se labra hoy día un gentilhomme su camino. Quien tiembla un segundo deja escapar quizá el cebo que precisamente durante ese segundo la fortuna le tendía. Sois joven, debéis ser valiente por dos razones: la primera, porque sois gascón, y la segunda porque sois hijo mío. No temáis las ocasiones y buscad las aventuras. Os he hecho aprender a manejar la espada; tenéis un jarrete de hierro, un puño de acero; batíos por cualquier motivo; batíos, tanto más cuanto que están prohibidos los duelos, y por consiguiente hay dos veces valor al batirse. No tengo, hijo mío, más que quince escudos que daros, mi caballo y los consejos que acabáis de oír. Vuestra madre añadirá la receta de cierto bálsamo que supo de una gitana y que tiene una virtud milagrosa para curar cualquier herida que no alcance el corazón. Sacad provecho de todo, y vivid felizmente y por mucho tiempo. Sólo tengo una cosa que añadir, y es un ejemplo que os propongo, no el mío porque yo nunca he aparecido por la corte y sólo hice las guerras de religión como voluntario; me refiero al señor

---

6. La nobleza de los Batz de Castelmoré, familia de la que sale el d'Artagnan histórico, era reciente. Pero el autor de las *Mémoires de M. d'Artagnan*, Gatien de Courtilz, le adjudica esa rancia nobleza que Dumas recoge. Courtilz inventa también líneas más arriba el *patois* del Béarn para d'Artagnan: la correspondencia de este personaje demuestra que no utilizaba el gascón bearnés, sino el gascón de Fezenac.

de Tréville, que fue antaño vecino mío, y que tuvo el honor siendo niño de jugar con nuestro rey Luis XIII, a quien Dios conserve. A veces sus juegos degeneraban en batalla, y en esas batallas no siempre era el rey el más fuerte. Los golpes que en ellas recibió le proporcionaron mucha estima y amistad hacia el señor de Tréville. Más tarde, el señor de Tréville se batió contra otros en su primer viaje a París, cinco veces; tras la muerte del difunto rey hasta la mayoría del joven, sin contar las guerras y los asedios, siete veces; y desde esa mayoría hasta hoy, quizá cien. Y pese a los edictos, las ordenanzas y los arrestos, vedle capitán de los mosqueteros, es decir, jefe de una legión de Césares a quien el rey hace mucho caso y a quien el señor cardenal teme, precisamente él que, como todos saben, no teme a nada. Además, el señor de Tréville gana diez mil escudos al año; es por tanto un gran señor. Comenzó como vos: idle a ver con esta carta, y amoldad vuestra conducta a la suya, para ser como él.

Con esto, el señor d'Artagnan padre ciñó a su hijo su propia espada, lo besó tiernamente en ambas mejillas y le dio su bendición.

Al salir de la habitación paterna, el joven encontró a su madre, que lo esperaba con la famosa receta cuyo empleo los consejos que acabamos de referir debían hacer bastante frecuente. Los adioses fueron por este lado más largos y tiernos de lo que lo habían sido por el otro, no porque el señor d'Artagnan no amara a su hijo, que era su único vástago, sino porque el señor d'Artagnan era hombre, y hubiera considerado indigno de un hombre dejarse llevar por la emoción, mientras que la señora d'Artagnan era mujer y, además, madre. Lloró en abundancia y, digámoslo en alabanza del señor d'Artagnan hijo, por más esfuerzos que él hizo por aguantar sereno como debía estarlo un futuro mosquetero, la naturaleza

pudo más, y derramó muchas lágrimas de las que a duras penas consiguió ocultar la mitad.

El mismo día el joven se puso en camino, provisto de los tres presentes paternos y que estaban compuestos, como hemos dicho, por trece escudos, el caballo y la carta para el señor de Tréville; como es lógico, los consejos le habían sido dados por añadidura.

Con semejante vademecum, d'Artagnan se encontró, moral y físicamente, copia exacta del héroe de Cervantes, con quien tan felizmente le hemos comparado cuando nuestros deberes de historiador nos han obligado a trazar su retrato. Don Quijote tomaba los molinos de viento por gigantes y los carneros por ejércitos: d'Artagnan tomó cada sonrisa por un insulto y cada mirada por una provocación. De ello resultó que tuvo siempre el puño apretado desde Tarbes<sup>7</sup> hasta Meung y que, un día con otro, llevó la mano a la empuñadura de su espada diez veces diarias; sin embargo, el puño no descendió sobre ninguna mandíbula, ni la espada salió de su vaina. Y no es que la vista de la malhadada jaca amarilla no hiciera florecer sonrisas en los rostros de los que pasaban; pero como encima de la jaca tintineaba una espada de tamaño respetable y encima de esa espada brillaba un ojo más feroz que noble, los que pasaban reprimían su hilaridad o, si la hilaridad dominaba a la prudencia, trataban por lo menos de reírse por un solo lado, como las máscaras antiguas. D'Artagnan permaneció, pues, majestuoso e intacto en su susceptibilidad hasta esa desafortunada villa de Meung.

Pero aquí, cuando descendía de su caballo a la puerta del Franc Meunier sin que nadie, hostelero, mozo o pa-

---

7. El castillo de los d'Artagnan, que pertenecía a la familia materna, estuvo en la región de Bigorre, de la que Tarbes era la ciudad principal.

lafrenero, hubiera venido a coger el estribo de montar, d'Artagnan divisó en una ventana entreabierta de la planta baja a un gentilhombre de buena estatura y altivo gesto aunque de rostro ligeramente ceñudo, hablando con dos personas que parecían escucharle con deferencia. D'Artagnan, según su costumbre, creyó muy naturalmente ser objeto de la conversación y escuchó. Esta vez d'Artagnan sólo se había equivocado a medias: no se trataba de él sino de su caballo. El gentilhombre parecía enumerar a sus oyentes todas sus cualidades y como, según he dicho, los oyentes parecían tener gran deferencia hacia el narrador, se echaban a reír a cada instante. Como media sonrisa bastaba para despertar la irascibilidad del joven, fácilmente se comprenderá el efecto que en él produjo tan ruidosa hilaridad.

Sin embargo, d'Artagnan quiso primero hacerse idea de la fisonomía del impertinente que se burlaba de él. Clavó su mirada altiva sobre el extraño y reconoció un hombre de cuarenta a cuarenta y cinco años<sup>8</sup>, de ojos negros y penetrantes, de tez pálida, nariz fuertemente pronunciada, mostacho negro y perfectamente recortado; iba vestido con un jubón y calzas violetas con agujetas de igual color, sin más adorno que las cuchilladas habituales por las que pasaba la camisa. Aquellas calzas y aquel jubón, aunque nuevos, parecían arrugados como vestidos de viaje largo tiempo encerrados en un baúl. D'Artagnan hizo todas estas observaciones con la rapidez del observador más minucioso, y, sin duda, por un sentimiento instintivo que le decía que aquel desconocido debía tener gran influencia sobre su vida futura.

---

8. Courtitz denomina Rosnas a este gentilhombre a quien Dumas bautizará más adelante como Rochefort.

Y como en el momento en que d'Artagnan fijaba su mirada en el gentilhomme de jubón violeta, el gentilhomme hacía respecto a la jaca bearnesa una de sus más sabias y más profundas demostraciones, sus dos oyentes estallaron en carcajadas, y él mismo dejó, contra su costumbre, vagar visiblemente, si es que se puede hablar así, una pálida sonrisa sobre su rostro. Aquella vez no había duda, d'Artagnan era realmente insultado. Por eso, lleno de tal convicción, hundió la boina hasta sus ojos y, tratando de copiar algunos aires de corte que había sorprendido en Gascuña entre los señores de viaje, se adelantó, con una mano en la guarnición de su espada y la otra apoyada en la cadera. Desgraciadamente, a medida que avanzaba, la cólera le enceguecía más y más, y en vez del discurso digno y altivo que había preparado para formular su provocación, sólo halló en la punta de su lengua una personalidad grosera que acompañó con un gesto furioso.

—¡Eh, señor! —exclamó—, ¡señor, que os ocultáis tras ese postigo! Sí, vos, decidme un poco de lo que os reís, y nos reiremos juntos.

El gentilhomme volvió lentamente los ojos de la montura al caballero, como si hubiera necesitado cierto tiempo para comprender que era a él a quien se dirigían tan extraños reproches; luego, cuando no pudo albergar ya ninguna duda, su ceño se frunció ligeramente y tras una larga pausa, con un acento de ironía y de insolencia imposible de describir, respondió a d'Artagnan:

—Yo no os hablo, señor.

—¡Pero yo sí, yo os hablo! —exclamó el joven exasperado por aquella mezcla de insolencia y de buenas maneras, de conveniencias y de desdenes.

El desconocido lo miró un instante todavía con su leve sonrisa y, apartándose de la ventana, salió lenta-

mente de la hostelería para venir a plantarse a dos pasos de d'Artagnan frente al caballo. Su actitud tranquila y su fisonomía burlona habían redoblado la hilaridad de aquellos con quienes hablaba y que se habían quedado en la ventana.

D'Artagnan, al verle llegar, sacó su espada un pie fuera de la vaina.

—Decididamente este caballo es, o mejor, fue en su juventud botón de oro —dijo el desconocido continuando las investigaciones comenzadas y dirigiéndose a sus oyentes de la ventana, sin aparentar en modo alguno notar la exasperación de d'Artagnan, que sin embargo estaba de pie entre él y ellos—; es un color muy conocido en botánica, pero hasta el presente muy raro entre los caballos.

—¡Así se ríe del caballo quien no osaría reírse del amo! —exclamó el émulo de Tréville, furioso.

—Señor —prosiguió el desconocido—, no río muy a menudo, como vos mismo podéis ver por el aspecto de mi rostro; pero procuro conservar el privilegio de reír cuando me place.

—¡Y yo —exclamó d'Artagnan— no quiero que nadie ría cuando no me place!

—¿De verdad, señor? —continuó el desconocido más tranquilo que nunca—, pues bien, es muy justo —y girando sobre sus talones, se dispuso a entrar de nuevo en la hostería por la puerta principal, bajo la que d'Artagnan, al llegar, había observado un caballo completamente ensillado.

Pero d'Artagnan no tenía carácter para soltar así a un hombre que había tenido la insolencia de burlarse de él. Sacó su espada por entero de la funda y comenzó a perseguirle gritando:

—¡Volveos, volveos, señor burlón, para que no os hie-ra por la espalda!

–¡Herirme a mí! –dijo el otro girando sobre sus talones y mirando al joven con tanto asombro como desprecio–. ¡Vamos, vamos, querido, estáis loco!

Luego, en voz baja y como si estuviera hablando consigo mismo:

–Es enojoso –prosiguió–, ¡qué hallazgo para Su Majestad, que busca valientes de cualquier sitio para reclutar sus mosqueteros!

Acababa de terminar cuando d'Artagnan le largó una furiosa estocada que, de no haber dado con presteza un salto hacia atrás, es probable que hubiera bromeado por última vez. El desconocido vio entonces que la cosa pasaba de broma, sacó su espada, saludó a su adversario y se puso gravemente en guardia. Pero en el mismo momento, sus dos oyentes, acompañados del hostelero, cayeron sobre d'Artagnan a bastonazos, patadas y empujones. Lo cual fue una diversión tan rápida y tan completa en el ataque, que el adversario de d'Artagnan, mientras éste se volvía para hacer frente a aquella lluvia de golpes, envainaba con la misma precisión, y, de actor que había dejado de ser, se volvía de nuevo espectador del combate, papel que cumplió con su impasibilidad de siempre, mascullando sin embargo:

–¡Vaya peste de gascones! ¡Ponedlo en su caballo naranja, y que se vaya!

–¡No antes de haberte matado, cobarde! –gritaba d'Artagnan mientras hacía frente lo mejor que podía y sin retroceder un paso a sus tres enemigos, que lo molían a golpes.

–¡Una gasconada más! –murmuró el gentilhombre–. ¡A fe mía que estos gascones son incorregibles! ¡Continuad la danza, pues que lo quiere. Cuando esté cansado ya dirá que tiene bastante!

Pero el desconocido no sabía con qué clase de testarudo tenía que habérselas; d'Artagnan no era hombre que pidie-



se merced nunca. El combate continuó, pues, algunos segundos todavía; por fin, d'Artagnan, agotado, dejó escapar su espada que un bastonazo rompió en dos trozos. Otro golpe, que le hirió ligeramente en la frente, lo derribó casi al mismo tiempo todo ensangrentado y casi desvanecido.

En este momento fue cuando de todas partes acudieron al lugar de la escena. El hostelero, temiendo el escándalo, llevó con la ayuda de sus mozos al herido a la cocina, donde le fueron otorgados algunos cuidados.

En cuanto al gentilhombre, había vuelto a ocupar su sitio en la ventana y miraba con cierta impaciencia a todo aquel gentío cuya permanencia allí parecía causarle viva contrariedad.

—Y bien, ¿qué tal va ese rabioso? —dijo volviéndose al ruido de la puerta que se abrió y dirigiéndose al hostelero que venía a informarse sobre su salud.

—¿Vuestra Excelencia está sano y salvo? —preguntó el hostelero.

—Sí, completamente sano y salvo, mi querido hostelero, y soy yo quien os pregunta qué ha pasado con nuestro joven.

—Va mejor —dijo el hostelero—, se ha desvanecido totalmente.

—¿De verdad? —dijo el gentilhombre.

—Pero antes de desvanecerse ha reunido todas sus fuerzas para llamaros y desafiaros al llamaros.

—¡Ese buen mozo es el diablo en persona! —exclamó el desconocido.

—¡Oh! no, Vuestra Excelencia, no es el diablo —prosiguió el hostelero con una mueca de desprecio—, porque durante su desvanecimiento lo hemos registrado, y en su paquete no hay más que una camisa y en su bolsa nada más que doce escudos, lo cual no le ha impedido decir al desmayarse que si tal cosa le hubiera ocurrido en

París, os arrepentiríais en el acto, mientras que aquí sólo os arrepentiréis más tarde.

–Entonces –dijo fríamente el desconocido–, es algún príncipe de sangre disfrazado.

–Os digo esto, mi señor –prosiguió el hostelero–, para que toméis precauciones.

–¿Y ha nombrado a alguien en medio de su cólera?

–Lo ha hecho, golpeaba sobre su bolso y decía: «Ya veremos lo que el señor de Tréville piensa de este insulto a su protegido».

–¿El señor de Tréville? –dijo el desconocido prestando atención–. ¿Golpeaba sobre su bolso pronunciando el nombre del señor de Tréville?... Veamos, querido hostelero, mientras vuestro joven estaba desvanecido estoy seguro de que no habréis dejado de mirar también ese bolso. ¿Qué había?

–Una carta dirigida al señor de Tréville, capitán de los mosqueteros.

–¿De verdad?

–Como tengo el honor de decíroslo, Excelencia.

El hostelero, que no estaba dotado de gran perspicacia, no observó la expresión que sus palabras habían dado a la fisonomía del desconocido. Éste se apartó del reborde de la ventana sobre el que había permanecido apoyado con la punta del codo, y frunció el ceño como hombre inquieto.

–¡Diablos! –murmuró entre dientes–. ¿Me habrá enviado Tréville a ese gascón? ¡Es muy joven! Pero una estocada es siempre una estocada, cualquiera que sea la edad de quien la da, y no hay por qué desconfiar menos de un niño que de cualquier otro; basta a veces un débil obstáculo para contrariar un gran designio.

Y el desconocido se sumió en una reflexión que duró algunos minutos.

–Veamos, huésped –dijo–, ¿es que no me vais a librar de ese frenético? En conciencia, no puedo matarlo, y sin embargo, añadió con una expresión fríamente amenazadora, sin embargo, me molesta. ¿Dónde está?

–En la habitación de mi mujer, donde se le cura, en el primer piso.

–¿Sus harapos y su bolsa están con él? ¿No se ha quitado el jubón?

–Al contrario, todo eso está abajo, en la cocina. Pero dado que ese joven loco os molesta...

–Por supuesto. Provoca en vuestra hostería un escándalo que las gentes honradas no podrían aguantar. Subid a vuestro cuarto, haced mi cuenta y avisad a mi lacayo.

–¿Cómo? ¿El señor nos deja ya?

–Lo sabéis de sobra, puesto que os he dado orden de ensillar mi caballo. ¿No se me ha obedecido?

–Claro que sí, y como Vuestra Excelencia ha podido ver, su caballo está en la entrada principal, completamente aparejado para partir.

–Está bien, haced entonces lo que os he dicho.

–¡Vaya! –se dijo el hostelero–, ¿tendrá miedo del muchacho?

Pero una mirada imperativa del desconocido vino a detenerle en seco. Saludó humildemente y salió.

–No es preciso advertir a *Milady*<sup>\*9</sup> sobre este bribón –continuó el extraño–: no debe tardar en pasar; viene incluso con retraso. Decididamente es mejor que monte

---

\* Sabemos de sobra que esa locución, *Milady*, sólo se emplea cuando va seguida del apellido<sup>1</sup> familiar. Pero así es como la encontramos en el manuscrito y no queremos cargar con la responsabilidad de cambiarla. [Nota de la edición original.]

9. Efectivamente, Dumas recoge el nombre de «Miladi» en Gatien de Courtilz.

a caballo y que vaya a su encuentro... ¡Sólo que si pudiera saber lo que contiene esa carta dirigida a Tréville!...

Y el desconocido, siempre mascullando, se dirigió hacia la cocina.

Durante este tiempo, el huésped, que no dudaba que era la presencia del muchacho lo que echaba al desconocido de su hostelería, había subido a la habitación de su mujer y había encontrado a d'Artagnan dueño por fin de sus sentidos. Entonces, tratando de hacerle comprender que la policía podría jugarle una mala pasada por haber ido a buscar querrela a un gran señor –porque, en opinión del huésped, el desconocido no podía ser más que un gran señor–, le convenció para que, pese a su debilidad, se levantara y prosiguiese su camino. D'Artagnan, medio aturdido, sin jubón y con la cabeza toda envuelta en vendas, se levantó y, empujado por el hostelero, comenzó a bajar; pero al llegar a la cocina, lo primero que vio fue a su provocador que hablaba tranquilamente al estribo de una pesada carroza tirada por dos gruesos caballos normandos.

Su interlocutora, cuya cabeza aparecía enmarcada en la portezuela, era una mujer de veinte a veintidós años. Ya hemos dicho con qué rapidez de investigación abarcaba d'Artagnan toda una fisonomía; al primer golpe de vista vio, pues, que la mujer era joven y bella. Pero esta belleza le sorprendió tanto más cuanto que era completamente extraña a las comarcas meridionales que d'Artagnan había habitado hasta entonces. Era una persona pálida y rubia, de largos cabellos que caían en bucles sobre sus hombros, de grandes ojos azules lánguidos, de labios rosados y manos de alabastro. Hablaba muy vivamente con el desconocido.

–Entonces, Su Eminencia me ordena... –decía la dama.

–Volver inmediatamente a Inglaterra, y avisarle directamente si el duque<sup>10</sup> abandona Londres.

–Y ¿en cuanto a mis restantes instrucciones? –preguntó la bella viajera.

–Están guardadas en esa caja, que sólo abriréis al otro lado del canal de la Mancha.

–Muy bien, y vos, ¿qué haréis?

–Yo regreso a París.

–¿Sin castigar a ese insolente muchachito? –preguntó la dama.

El desconocido iba a responder; pero en el momento en que abría la boca, d'Artagnan, que lo había oído todo, se abalanzó hacia el umbral de la puerta.

–Es ese insolente muchachito el que castiga a los otros –exclamó–, y espero que esta vez aquel a quien debe castigar no escapará como la primera.

–¿No escapará? –dijo el desconocido frunciendo el ceño.

–No, delante de una mujer no osaríais huir, eso presumo.

–Pensad –dijo Milady al ver al gentilhombre llevar la mano a su espada–, pensad que el menor retraso puede perderlo todo.

–Tenéis razón –exclamó el gentilhombre–; partid pues, por vuestro lado, yo parto por el mío.

Y saludando a la dama con un gesto de cabeza, se abalanzó sobre su caballo, mientras el cochero de la carroza fatigaba vigorosamente su tiro. Los dos interlocutores partieron pues al galope, alejándose cada cual por un lado opuesto de la calle.

---

10. Georges Villiers, duque de Buckingham; en 1625, esta figura histórica viajó a Francia como embajador de Carlos I de Inglaterra, para arreglar el matrimonio de éste con Henriette de Francia, hija de Enrique IV.